

LETRADO Y FANTASMA

Charles Dickens

Hace cuarenta años conocí a un hombre que había alquilado, en una de las pensiones más antiguas de la ciudad, varias habitaciones, viejas, húmedas y ruinosas, que habían permanecido cerradas y vacías durante muchos años. Corrían muchas historias sobre el lugar y, sin duda, todas ellas distaban mucho de ser alegres; pero él era pobre y las habitaciones baratas, y eso habría sido razón suficiente aunque hubieran sido diez veces peores de lo que realmente eran.

El hombre se vio obligado a conformarse con algunos accesorios destartalados, entre ellos una gran vitrina de madera para documentos con grandes puertas de cristal y una cortina verde en su interior: un trasto bastante inútil, porque no tenía papel alguno que guardar. En cuanto a su ropa, la llevaba puesta, y eso tampoco significaba un esfuerzo demasiado arduo.

Así pues se trasladó con todo el mobiliario, que no llegaba en absoluto a llenar un carro, y lo esparció por las habitaciones con la intención, tanto como fuera posible, de que las cuatro sillas parecieran una docena. Una noche estaba sentado ante la chimenea, bebiéndose el primer vaso de los dos galones de whisky que había adquirido a crédito, preguntándose si alguna vez

los pagaría y, de ser así, en cuántos años, cuando sus ojos se posaron en las puertas de cristal de la vitrina de madera.

—Ah —dijo, dirigiéndose a la vitrina en voz alta por no tener a nadie más con quien hablar—. Si no supiera lo mucho que me costaría romper tu vieja carcasa y lo poco que merecería la pena luego, alimentaría el fuego contigo un día de estos.

Acababa de pronunciar aquellas palabras cuando un sonido similar a un leve gimoteo pareció emerger del interior del mueble. Al principio se sorprendió, pero pensando que debía de haber algún inquilino joven en las habitaciones contiguas disponiéndose a salir a cenar, apoyó los pies en el guardafuegos y levantó el atizador para remover las ascuas.

En ese instante se escuchó el ruido de nuevo y una de las puertas de cristal se abrió lentamente, revelando una figura pálida y macilenta vestida con ropa sucia y ajada, erguida dentro de la vitrina. La figura era alta y delgada, y su expresivo rostro demostraba desasosiego y angustia, pero había algo en el tono de su piel y en el aspecto demacrado y sobrenatural de su silueta que no era propio de ningún ser de este mundo.

—¿Quién es usted? —dijo el nuevo inquilino, palideciendo mientras blandía el atizador por si acaso y apuntaba muy digno al rostro de la figura, y repitió—. ¿Quién es usted?

—No me lance el atizador —replicó la figura—. Aunque lo arrojase con la mejor de las punterías, pasaría a través de mí, sin resistencia, y malgastaría sus fuerzas en la madera que hay aquí a mi espalda. Soy un espíritu.

—Y dígame, ¿qué busca aquí? —titubeó el inquilino.

—En esta habitación —respondió la aparición—, se gestó mi infortunio en este mundo y mis hijos y yo acabamos en la ruina. En esta vitrina, acumulándose a lo largo de los años, fueron depositados los papeles de un pleito interminable. En esta habitación, cuando yo ya había muerto de pena y perdido hacía tiempo toda esperanza, dos ladinas arpías se dividieron la riqueza por la que yo había pleiteado durante toda mi mísera existencia, y de la cual, al final, ni un solo penique llegó a manos de mis infelices descendientes. Desde ese momento me dediqué a aterrorizarlas y desde ese día merodeo cada noche, el único período en el que puedo regresar a la tierra, por el escenario de mi prolongada miseria. Este apartamento es mío. Márchese.

—Si insiste en aparecerse por aquí —dijo el inquilino, que durante el prosaico discurso del fantasma había tenido tiempo suficiente para recuperar su presencia de ánimo— renunciaré a su posesión con el mayor de los placeres, pero me gustaría hacerle una pregunta, si me lo permite.

—Dígame —dijo con firmeza la aparición.

—Bueno —dijo el inquilino—, no pretendo dirigir esta observación a usted en particular porque es igualmente aplicable a la mayoría de los fantasmas de los que he oído hablar, pero me parece de alguna manera inconsistente que cuando se tiene la oportunidad de visitar los lugares más hermosos de la tierra, pues supongo que el espacio no resulta un problema para ustedes, vuelvan siempre exactamente a los mismos sitios donde han sido más desdichados.

—Pardiez, eso es muy cierto, nunca se me había ocurrido —dijo el fantasma—.

—Como puede ver, señor —prosiguió el inquilino—, se trata de una habitación muy incómoda. Por el aspecto de esa vitrina, me atrevería a asegurar que no está completamente libre de carcoma, y realmente creo que puede encontrar aposentos mucho más acogedores, por no hablar del clima de Londres, que es considerablemente desagradable.

—Tiene usted mucha razón, señor —dijo el fantasma educadamente—, no me había fijado en ello hasta ahora. Trataré de cambiar de aires inmediatamente. —Y, en efecto, mientras decía esto comenzó a desvanecerse; sus piernas, de hecho, ya habían desaparecido por completo.

—Y, señor —dijo el inquilino en el último momento—, si tiene la bondad de sugerir a las demás señoras y caballeros que ahora mismo aún se dedican a hechizar viejas casas vacías que podrían estar mucho más cómodos en otro lugar, le prestaría una gran ayuda a la sociedad.

—Lo haré —respondió el fantasma—. Debemos de ser unos tipos aburridos; vaya, muy aburridos, de hecho. No me puedo imaginar cómo hemos podido ser tan estúpidos.

Con estas palabras, el espíritu desapareció y, lo que es bastante más notable, nunca regresó.